

La traducción del cuidado: la teoría del actor-red y el estudio de la interdependencia en la teleasistencia para personas mayores

TOMÁS SÁNCHEZ-CRIADO Y DANIEL LÓPEZ

Universidad Autónoma de Madrid; Universitat Oberta de Catalunya



Resumen

En los últimos años las políticas de cuidado han dado un giro importante hacia la “promoción de la autonomía” frente a la “asistencia a la dependencia”. Esto ha generado un importante debate entorno a las nociones de autonomía y dependencia en las ciencias sociales. El presente texto es una contribución a este debate a través del breve análisis de la instalación de un servicio de teleasistencia domiciliaria, una de las tecnologías de atención que se inscriben más directamente en la lógica de la promoción de la autonomía. Nos centraremos en la noción de interdependencia que, a nuestro juicio, permite salvar la tendencia al individualismo y al sociologismo que impera en estos debates, pero creemos que debe ser completada incorporando a los otros-no-humanos. A través de la noción de traducción argumentaremos que la interdependencia se da siempre como resultado de un proceso de corporeización y estabilización de diversas ecologías de prácticas.

Palabras clave: Teoría del actor-red, traducción, cuidado, personas mayores, interdependencia, teleasistencia.

Translating care: Actor-network theory and the study of interdependence in telecare for the elderly

Abstract

In recent years care policies have taken an important turn towards “autonomy promotion” in preference to “dependency assistance”. This has generated an important debate around the notions of autonomy and dependence in the social sciences. The present paper is a contribution to this debate through the brief analysis of a home telecare service installation: an attention technology especially devised for the promotion of autonomy—hence inscribed in its logics. We focus on the notion of interdependence, which we consider saves the trend towards individualism and sociologism that dominates these debates. However, this notion needs to be completed by incorporating non-human-others. Using the notion of “translation” we would like to illustrate how interdependence is always a possible result of a process of embodiment and stabilisation of diverse ecologies of practices.

Keywords: Actor-network theory, translation, care, elderly, interdependence, telecare.

Agradecimientos: Una borrador de este texto se presentó en un seminario organizado por Alberto Rosa y Jorge Castro en la UNED. Agradecemos a los anfitriones la invitación y a los asistentes sus interesantes comentarios “constructivos”. Asimismo, nos gustaría agradecer la importancia de discusiones mantenidas con Florentino Blanco, Álvaro Pazos, Miquel Domènech, Francisco Tirado, Blanca Callén y Nizaiá Cassián para su elaboración.

Correspondencia con los autores: Tomás Sánchez-Criado. Departamento de Psicología Básica, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid, 28049 Madrid (España). E-mail: tomas.criado@uam.es

Introducción

En el presente trabajo nos gustaría hacer una contribución de orden teórico-metodológico para el estudio de la teleasistencia desde el ámbito de la psicología social de la ciencia y la tecnología. Esta contribución cobra sentido en el seno de un proyecto de investigación empírico: los dos autores nos encontramos en estos momentos realizando un trabajo de investigación de tipo etnográfico en Madrid y Barcelona en el seno de una organización proveedora de servicios de teleasistencia para personas mayores, con el objetivo de conocer los discursos y las prácticas sobre el uso de la teleasistencia y las consecuencias éticas que se pueden derivar para la redefinición de los diseños tecnológicos y los servicios del cuidado de las personas mayores.

En consonancia con los recientes desarrollos de la disciplina (muy influidos por la teoría del actor-red), nos aproximamos a los servicios de teleasistencia como dispositivos discursivos, tecnológicos y organizacionales singulares que afectan a los procesos de constitución funcional y subjetiva de los usuarios en el seno de determinadas prácticas.

En concreto, estos dispositivos y organizaciones de teleasistencia se encuentran en la encrucijada de toda una serie de estrategias disciplinares que, en los últimos treinta años, vienen definiendo nuevas aproximaciones a los modos de vida de las personas mayores alrededor de conceptos como independencia, dependencia o autonomía. Si pensamos en la implementación en contextos naturales de todos estos nuevos dispositivos, quizá resulte intuitivo que traen de la mano numerosos cambios de hábitos, en tanto que afectan a cómo los usuarios deben de vivir: por ejemplo, modificando sus nociones sobre la seguridad y la autonomía personal o propiciando nuevas formas de practicar el espacio, relacionarse con sus familiares o cuidadores y pedir ayuda en situaciones de emergencia, por no citar más que algunos aspectos.

Se trata de un complejo entramado de cuestiones que, para ser observado en toda su complejidad y singularidad, necesitaría de herramientas conceptuales y metodológicas apropiadas a tal efecto. En concreto, en este texto introduciremos críticamente la noción de “traducción”, desarrollada en la teoría del actor-red, a través de un ejemplo de nuestro trabajo de campo como una posible contribución teórico-metodológica para estudiar los entramados socio-técnicos de la teleasistencia para personas mayores, o entornos análogos, y sus consecuencias éticas (Mort, Milligan, Roberts y Moser, 2008).

El cuidado de los mayores a debate

La teleasistencia y el discurso gerontológico

Según algunos estudiosos de las representaciones culturales sobre el ciclo vital (Hockey y James, 1993; Neugarten, 1999), al menos en el último siglo se ha conceptualizado la infancia como un proceso que va desde la heteronomía hasta la autonomía y la vejez como una des-agenciación, como una pérdida de la agencia o capacidad de actuar, que provoca la transición desde la autonomía hacia una nueva heteronomía. Es decir, la infancia se vería como un proceso “evolutivo” (de progresiva ganancia de independencia), mientras que la vejez sería un proceso “involutivo” (de progresiva dependencia). Se manejan concepciones de la vida como un “ciclo” circular, en el que la edad avanzada se vuelve a aproximar a la infancia (lo que ha provocado durante muchos años el tratamiento paternalista de los mayores).

Esta representación, quizá demasiado estática, ha sido atacada por muy diferentes tipos de colectivos. Sin ir más lejos, a esta representación se opone la

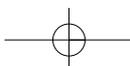


gerontología “centrada en las personas” de los últimos treinta años, muy enraizada en el discurso psicológico (Fernández Ballesteros, 2009). En sus muy variadas formas busca “fomentar la autonomía” y la “actividad” de las personas mayores, tanto para que sean productivos, como para que “envejecan de forma saludable”: el mayor debería tratarse como un ser activo y se debería promover que explotara sus capacidades, deviniendo atlético, vigoroso, productivo... dado que de esta forma mejoraría su calidad de vida en un entorno en el que se han creado nuevas posibilidades para que su vida sea cada vez más duradera. Esto supone un determinado movimiento de “dignificación” de los mayores a través de la articulación de una posición crítica con su discriminación (denominada “edaísmo”, en tanto que procedimiento de exclusión basado en la edad), así como fomentar los valores de un cuidado y un envejecimiento con “calidad de vida”.

Asimismo, como parte de todo este movimiento se han propuesto cambios en los modelos de atención residencial: desde hace unas décadas, sobre todo en los ámbitos anglosajones (Andrews y Phillips, 2005; Schaie, Wahl, Mollenkopf y Oswald, 2003) y más recientemente en España, se plantea la implantación de un nuevo modelo de servicios de cuidado para las personas mayores no dirigido al enclaustramiento en el seno de una institución, como los “antiguos” asilos y residencias geriátricas, sino a mantener a las personas en sus hogares y comunidades todo el tiempo que sea posible. Por ejemplo, en uno de los últimos números de la revista de divulgación del IMSERSO *Sesenta y más* se hace una defensa de la independencia de las personas mayores, de forma conjunta con una crítica y una propuesta de cambio en el modelo residencial, y se presentan estas tendencias como parte de las nuevas estrategias de envejecimiento saludable y activo sensible a las necesidades de estas personas, que fomente la autonomía y no la dependencia (IMSERSO, 2008). En una línea paralela se empieza a hablar y a construir una imagen “positiva” del envejecimiento, que ya no es visto como un período de decadencia, lo que supone para algunos el advenimiento de una “nueva era” para las personas mayores (Gergen y Gergen, 2000).

Es en el seno de estos debates y articulando, supuestamente, una aplicación práctica de todas estas ideas como emergen las tecnologías y servicios de provisión de teleasistencia. Es previsible que en España estas tecnologías reciban de ahora en adelante un espaldarazo institucional y mediático como parte de la *Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia*, dentro de cuyo catálogo de servicios consta la teleasistencia (lo cual, y esto es necesario precisarlo, no quiere decir que sea un nuevo derecho para los ciudadanos ni un nuevo deber de los ayuntamientos más allá de los convenios previamente establecidos). En cualquier caso la teleasistencia, ya sea en su versión domiciliaria o móvil, se está convirtiendo en uno de los recursos para la asistencia social de mayor expansión en los últimos años en diferentes países occidentales (Fisk, 2003).

La teleasistencia es un dispositivo tecnológico y organizacional variable¹ que se propone, por parte de algunas instancias vinculadas con la política o la organización de los sistemas de servicios sociales (técnicos de la administración u otras entidades como psicólogos, gerontólogos, trabajadores sociales; instituciones como partidos políticos, organizaciones civiles vinculadas con el cuidado, asociaciones de personas con discapacidad y de mayores, empresas tecnológicas, etcétera), como la solución a la inversión de la pirámide poblacional y a los altos costes del cuidado asociados al envejecimiento poblacional. Esta solución cobraría sentido en los marcos discursivos del envejecimiento activo y el envejecimiento independiente (Brownsell, Bradley, Porteus y Hawley, 2003; Fisk, 2003), puesto que permitiría que las personas mayores pudieran vivir el mayor tiempo posible en sus hogares mientras pudieran valerse por sí mismos, retrasando su entrada en



un entorno residencial, disponiendo de un aparato que les permitiría pedir ayuda y/o asistencia cuando lo necesitaran.

Ciudadanía, agencia y cuidado: Independencia, dependencia e interdependencia

Sin embargo, todos estos avances de la gerontología en la dignificación de las personas mayores han sido ampliamente problematizados por otra serie de colectivos. De ello da cuenta la emergencia de disciplinas como la “gerontología crítica”, que aparece como espacio de re-politización y análisis cultural de las concepciones sobre la vejez y su cuidado, en tanto que formas de producción y gestión de cualidades de ciudadanía, sistemas de consumo, etcétera (Katz, 1996, 2005). A pesar de apoyar la indudable importancia de la labor gerontológica, intentan ejercer la función de vigilancia epistémica y, sobre todo, ética con respecto a las prácticas y teorías de las últimas vertientes de la disciplina.

Por ejemplo, en algunas de las acaloradas discusiones que mantienen acusan a la disciplina de la promoción y perpetuación de una estética y una ética “de clase” (destinada a aquellas personas pudientes y con recursos), que se integra en un determinado sistema de producción de bienes y formas de trabajo que necesita de personas “independientes y autónomas” (Featherstone y Hepworth, 1991, 1995; Minkler y Estes, 1999), fomentando la creación de un nuevo nicho de mercado, como así lo atestiguan los cada vez más frecuentes anuncios comerciales destinados a estos segmentos poblacionales.

Entre las cosas que preocupan a estos académicos y activistas se encuentran los posibles efectos de precarización y enmascaramiento de problemas de aislamiento producidos por el uso de estas estrategias y el modelo neoliberal de los cuidados (Mort *et al.*, 2008): la externalización de recursos (con la transformación de los “ciudadanos” en “clientes” o “usuarios” que sólo pueden pedir cuentas a la administración en tanto que posibles destinatarios de dotaciones económicas) y la mercantilización de los cuidados, que, además de perpetuar y mantener roles de género vinculados a los cuidados, incorpora el reciente uso de inmigrantes en condiciones precarias para el cuidado no cualificado (Vega, 2006).

Como algunos de estos teóricos enuncian, en no pocos planteamientos sobre el envejecimiento activo o positivo se manejan las siguientes relaciones de identidad: “independencia = autonomía” (independiente es quien hace lo que uno quiere, quien es capaz de dotarse de una ley propia) y “dependencia = heteronomía” (dependiente es quien está sometido a la normatividad u orden de legalidad de otros). Efectivamente, aunque estos términos tengan una genealogía complicada y polisémica que va más allá de la filosofía (neo)liberal y sus nociones de “libertad” (Rose, 1999), como lo atestiguan las tradiciones anarquistas, pareciera que se da una defensa en los planteamientos gerontológicos del “envejecimiento activo” del individuo como unidad a promover y sobre la que trabajar. En contraposición con esto, algunos gerontólogos críticos, con una clara influencia de las reflexiones feministas, proponen la distinción conceptual de la “independencia” y la “autonomía” (Fine y Glendinning, 2005; Reindal, 1999; Sybylla, 2001; Verkerk, 2006).

Para ello proponen distinciones terminológicas y metodológicas que evitarían el agujero negro de las discusiones dialécticas entre el individualismo y el sociologismo, con el intento de dar cuenta de lo que está ocurriendo en un entorno de cuidado de mejor manera, resituando el debate en torno a la noción de “interdependencia”, lo que supone un desplazamiento de las distinciones individuo-sociedad a otras distinciones que parten de una definición relacional de la vida humana. Con este nuevo inicio para algunos colectivos la autonomía supondría una forma de interdependencia, una forma particular de darse el cuidado, que no



remite a los ideales del individualismo, sino al reconocimiento de todo el entramado de relaciones que posibilitaría tener “la capacidad de controlar y tomar decisiones sobre la vida de uno mismo. La independencia no [...] [estaría], por tanto, vinculada con hacer las cosas solo o sin ayuda, sino con tener asistencia cuando y como uno la requiera” (Reindal, 1999, p. 353).

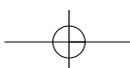
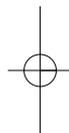
Pero también ha sido discutida esta reformulación, por no suponer nada más que un nuevo nombre para un viejo problema, dado que “apelar al hecho de que nadie en una moderna sociedad industrial es completamente independiente en tanto que vivimos en un estado de interdependencia no es suficiente” (Reindal, 1999, p. 354), puesto que se hace necesario “[e]xponer las limitaciones de un marco teórico que ha influido en las visiones sobre el sujeto y la autonomía personal” (Reindal, 1999, p. 354). Por ello, numerosos de estos académicos argumentan la necesidad de un giro más radical que pudiera posibilitar la generación de otros referentes éticos y morales para dirigir el cuidado de las personas mayores.

El estudio de la interdependencia a partir de la noción de traducción

Es en ese sentido que proponemos este texto como una contribución de orden teórico-metodológico para el estudio de las formas de la interdependencia en entornos de cuidado. Para ello querríamos someter los argumentos sobre la interdependencia a un giro: a nuestro juicio toda reflexión sobre la “interdependencia” debe mostrar una atención primordial a las prácticas de cuidado. En el seno de toda práctica de cuidado son muy importantes las categorías o representaciones culturales de la edad, qué significa cuidar y quién debe hacerlo, qué es un cuerpo saludable, etcétera. Estas dotan de una cierta dirección, enmarcan el problema y contienen un catálogo de posibles situaciones y actuaciones. Sin embargo, las condiciones singulares de toda práctica albergan una serie de sutilezas que se perderían si pensáramos esas actividades desde la primacía de las categorías o representaciones compartidas por un grupo, como si fueran el elemento más importante para determinar por qué se hacen las cosas de una determinada manera, independientemente de su contexto de enunciación y acción.

La noción de “práctica”, desarrollada de formas muy diferentes en diferentes ámbitos de las ciencias sociales, remitiría a una unidad que transita entre y entrelaza los polos individual y colectivo, haciendo referencia al carácter activo de la implicación y participación de los sujetos en órdenes sociales (tanto simbólicos como operacionales) que ayudan a crear y que les crean a su vez. Asimismo, la noción de “práctica” remite a un nexo de unión entre mente y cuerpo, a la encarnación de la actividad del sujeto y su situación en contextos prácticos de actividad (en su diversidad material), así como al desplazamiento del mecanicismo naturalista de las concepciones sobre el cuerpo (Bourdieu, 1991; de Certeau, 1990; Ingold, 2008). Se trata, por tanto, de una aproximación concreta y detallada a las condiciones de actuación, que asume agentes activos que construyen y transforman.

En el presente texto querríamos realizar este giro a las prácticas empleando la noción de “traducción” de la teoría del actor-red (Tirado y Domènech, 2008). La teoría del actor-red es una corriente que emerge en el seno de los estudios de la ciencia y la tecnología, desarrollada inicialmente por Bruno Latour, John Law y Michel Callon. El uso de la noción de traducción en la teoría del actor-red remite a una concepción relacional (no sólo el ser humano o el animal “construye”) y transformacional (no hay posibles “meros desciframientos”) acerca de la emergencia de lo real. Se trata de un planteamiento empirista basado en el proceso, que no asume la existencia de esencias *a priori* (como la “agencia humana”) y que se dedica a estu-



diar las maneras en las que las cosas “vienen al mundo”, no como resultados de un descubrimiento, sino de la creación relacional y la configuración de ecologías.

Desde esta teoría lo real emerge de encuentros agonísticos, de ejercicios de prueba entre entidades con determinadas tendencias, que no son nada por sí mismas sino en relación con otras, como resultado de la relación o encuentro con otras (Latour, 2001b). Se denominarán “fuerzas” o “debilidades” (entendiendo estas como gradientes) a las entidades resultantes en función del resultado del encuentro. En ese sentido, estos autores despliegan un gran conjunto de metáforas que remiten a una concepción de la ontología dialógica y retórica²: en tanto que lo real es un gradiente, será más real (se realizará) aquello que cuente con más alianzas o con alianzas mejores, que pueda “hacerse fuerte” (ya sea en términos temporales o espaciales) y menos real (se desrealizará) aquello que tenga menos alianzas o de peor calidad.

A este proceso de construcción y ruptura de alianzas y consiguiente creación de fortalezas/debilidades a partir de un encuentro agonístico lo denominan “traducción”. Pero se trata la “traducción” en su acepción hermenéutica, aunque no meramente lingüística. Es decir, como un proceso que puede incluir una necesaria transformación de lo traducido, no como una mera decodificación:

La operación de traducción consiste en combinar dos intereses hasta ese momento diferentes [...] con el fin de obtener una única meta compuesta (Latour, 2001a, p. 108).

Uno debería tener cuidado de no fijar sus intereses *a priori*; los intereses se ‘traducen’. Es decir, tan pronto como se frustran sus metas, los actores dan rodeos a través de las metas de otros, lo que produce un deslizamiento general, ya que el lenguaje [en un sentido metafórico] de un actor se ve sustituido por el lenguaje de otro (Latour, 2001a, p. 109).

He utilizado el término traducción con la intención de que signifique desplazamiento, deriva, invención, o mediación: la creación de un lazo que no existía con anterioridad y que en cierta medida modifica (Latour, 2001a, p. 214).

A esas entidades que se intentan traducir unas a otras las denominan “actores” o, mejor dicho, “actantes”. Este término lo importan de la semiótica narratológica de Algirdas Greimas (Høstaker, 2005), en la que la cualidad y capacidad de actuar de alguien o algo remite a un vínculo relacional. Este vínculo relacional en Greimas era “la trama”, pero estos autores lo exportan a dominios no-textuales, extendiendo la noción de trama más allá de lo textual y lo discursivo. Por tanto, el papel de actor no puede atribuirse a nadie o a nada apriorísticamente, puesto que es una atribución de competencias que emerge de un vínculo relacional con el resto de elementos de la trama. La agencia, en esta definición, es algo distribuido (Callon y Law, 1995), que remite a un vínculo, a una asociación de elementos que configuran a alguien o algo como agente³:

La acción es una propiedad de entidades asociadas (Latour, 2001a, p. 217).

La acción no es una propiedad atribuible a los humanos, *sino a una asociación de actantes* [...]. Si podemos atribuir papeles provisionales ‘de actor’ a los actantes es sólo porque los actantes se encuentran inmersos en un proceso de intercambio de competencias, es decir, se están ofreciendo mutuamente nuevas posibilidades, nuevas metas, nuevas funciones (Latour, 2001a, p. 218).

Resumiendo, lo que tenemos, más bien, son diferentes entidades que se componen unas con otras, cuya fuerza o debilidad, cuyas funciones y competencias emergen de los encuentros concretos y de las negociaciones a las que se someten. O, dicho de otro modo, procesos de producción de desórdenes, en términos prácticos y materialmente heterogéneos, como relaciones agonísticas. Akrich y Latour denominarán a estos procesos de traducción *semiótica*, en la siguiente acepción:

El estudio de cómo se construye el significado. Pero la palabra “significado” se toma en su interpretación original no-textual y no-lingüística: cómo una trayectoria privilegiada se construye a partir de un número indefinido de posibilidades. En ese sentido, la semiótica es el estu-



dio de la construcción de órdenes o de caminos y puede ser aplicada tanto a escenarios, máquinas, cuerpos y lenguajes de programación como a textos (Akrich y Latour, 1992, p. 259).

En ese sentido, la descripción de un proceso de “traducción” se topa primordialmente con el problema de la inespecificidad referencial del término. Latour habla del concepto como un *infralenguaje* que permitiría estudiar el curso de la acción entre diferentes materias (Latour, 2008). Todo proceso de traducción debe ser anclado narrativamente en un caso empírico concreto a partir del cual gane especificidad.

En resumen, hay dos razones programáticas del planteamiento de la teoría del actor-red por las que nos parece interesante remitir a esta serie de reflexiones teóricas: (1) se suspende cualquier atribución de agencia previa a una investigación empírica en la que se daten o detecten modos de operar. Esta primera cuestión es muy importante para describir cómo y de qué manera se pueden producir procesos de cambios en las capacidades para o modos de actuar en un entorno dado; (2) se plantea como una teoría relacional que intenta pensar las relaciones entre vivientes y no-vivientes (tecnologías, artefactos, textos, el entorno, etcétera) como relaciones de co-afectación, co-operación, co-configuración, más allá de distinciones duales del tipo sujeto-objeto, por lo que esos procesos de cambio en las capacidades de actuar remiten a ensamblajes de materias heterogéneas. Estas dos razones nos parecen muy pertinentes para el caso de la teleasistencia, puesto que se trata de un aparato y un servicio que, en teoría, se diseñan y proponen para “permitir llevar a cabo una vida autónoma”. Sus planteamientos nos parecen especialmente interesantes, por tanto, para pensar cómo abordar la interdependencia de toda relación de cuidado incorporando no sólo el cuidado cuerpo-a-cuerpo entre seres humanos, sino toda la materialidad (tecnológica, corporal, espacial y discursiva) que implica el dispositivo de la teleasistencia.

La teleasistencia intenta entrar en el hogar

Para ilustrar lo que hemos dicho hasta el momento nos gustaría mostrarles un relato etnográfico de un caso observado por uno de nosotros en el seno de la investigación en curso.

“Acompaño a L, técnico de mantenimiento e instalación. Estamos en un pueblo grande del sur de Madrid. Son las 10:30 y L tiene que hacer una instalación de un dispositivo de teleasistencia domiciliaria en casa de la señora A, de 86 años. L llama a la puerta. Nos abre la señora, vestida completamente de negro, con ceño fruncido y mandil de color azul. Entramos y se vislumbra, sentado en una silla apoyado en la mesa de la cocina, a alguien que parece ser el marido, que sólo nos saluda, pero que ni se inmuta y sigue todo el rato mirando a un punto fijo, moviendo la mandíbula inferior, como quien masca en el aire o aprieta los labios sin dentadura.

El teléfono está a la entrada, nada más abrir la puerta. La casa está bien acondicionada y con electrodomésticos bastante nuevos. Ella nos dice, con un marcado acento manchego, ‘ustedes dirán qué tengo que hacer’. L observa el teléfono y pregunta a la señora A si tiene más teléfonos. Resulta que es el único y, además, está enchufado a la única roseta de toda la casa. L le dice que ‘necesita un enchufe de luz’. No hay en el recibidor y L mira en la cocina (que está pegada a la entrada a la casa), mientras la señora A le observa, sin hablar, flanqueando la puerta entre el recibidor y la cocina. L encuentra dos enchufes en la cocina, uno próximo a la puerta y otro al fondo. Comenta que tendría que hacer un pequeño agujero en la pared para sacar un cable desde cualquiera de los dos enchufes que hay en la cocina (el que les resulte más conveniente o más estético) hacia el recibidor, donde L estima que debe instalarse el terminal de teleasistencia para poder captar una

buena señal de audio desde cualquier punto de la casa (que no es demasiado grande). Ella se muestra reticente a la operación y dice 'si no hay enchufe lo dejamos'. L intenta negociar con ella y convencerla de que no es una obra sino algo menor, pero ella insiste 'yo ya soy muy mayor y no tengo ganas de que me ensucien ni nada'. En ningún momento pasamos de la entrada. L sigue intentando convencerla, con su tono de voz agradable y sereno, pero ella dice 'lo anulamos y lo dejamos', 'siento que hayan tenido que venir para nada'.

Salimos de la casa sin haber hecho la instalación. L me dice 'esto no es habitual' y comenta lo raro de la situación, porque es una usuaria que iba a contratar el servicio de forma privada, pagando íntegramente el servicio ella misma. Mirando entre sus papeles por lo visto ha sido la hija la que ha gestionado el contrato del servicio. Hablando del asunto digo, mientras L asiente, 'parecía que buscara cualquier excusa para no ponerlo'.

Llegamos al coche y él saca el teléfono móvil de la institución para llamar a la técnico de zona (trabajadora social que se encarga de administrar todo lo concerniente a un área de la provincia en la que opera el servicio tanto para usuarios privados como públicos) para ver si ella sabe algo. Mientras marca, L lee el informe en voz alta 'la señora A tiene a su hija C y a su hijo J' y comenta que el contrato lo tiene firmado el marido.

Habla con la técnico de zona diciéndole 'la señora no ha querido que lo pongamos [...] que no quería obras [...] [menciona el código de usuario para que con quien habla encuentre la ficha en el ordenador]'. Después de colgar me cuenta que la técnico de zona va a llamar a la hija y que vamos a esperar 5 minutos. Hace frío y nos refugiarnos dentro del coche con el motor apagado. Comento con él lo chocante de la situación. L dice 'alguna gente es reticente con la teleasistencia, pero les acabas convenciendo', 'no sé si es que he estado poco convincente'. Yo le contesto que me parece que no ha sido así. Y continúa: 'estos casos acaban en que viene la hija y lo acabamos instalando', 'pero hemos perdido la mañana', 'es una situación violenta'.

Mientras esperamos me explica algunas cosas de cómo funciona el servicio. Al rato vuelve a llamar la técnico. L le aclara que no estamos ya con la señora. Por lo visto la hija llamará a la madre, la técnico llamará a la hija y nosotros esperamos órdenes. Cuelga. L está inquieto porque estamos perdiendo tiempo para las siguientes cosas que tiene que hacer y mira su plan de trabajo. Al poco llama de nuevo la técnico y L le comenta que 'esto lo idóneo sería que la hija estuviera aquí', 'porque está obligada y al final no va a servir de nada', 'no es complicado, es sólo hacer un agujero'. Según le cuenta la técnico de zona a L, la hija dice 'que sí, que sí' (que lo instalen), pero la señora dice 'que no'. La técnico le dice que lo dejemos y 'que se aclaren'. L apunta en su hoja de registro, arranca el coche y nos vamos a su siguiente tarea" (Fragmento del diario de campo).

El presente ejemplo nos permite observar todo el entramado de traducciones que es necesario para que la teleasistencia empiece a funcionar y que, normalmente, parece invisible. Lo que podemos ver a partir de este ejemplo es que la propia entrada en un hogar de la teleasistencia es de todo menos un proceso sencillo de "instalar un aparato". Para que la teleasistencia tenga el efecto que precognizan las instituciones que lo promueven necesita "traducir (y, por tanto, configurar) al usuario" de una determinada manera. Podemos pensar en resultados parciales o momentos de las negociaciones, capas de un proceso de "traducción total" que vendría a ser que el usuario se rigiera según los intereses del servicio (adaptando los pasos mencionados por Latour, 2001a, p. 220):

(a) Partimos de una situación de *desinterés recíproco*. En los servicios de teleasistencia se dan casos de familiares que han contratado el servicio para sus padres y se quejan de que han caído y no aparece nadie para socorrerlos, cuando lo que ha



pasado es que sencillamente el usuario no ha pulsado la alarma de la teleasistencia. Por este motivo (entre otros), desde el servicio se destinan muchos esfuerzos para insistir a los usuarios, a través de las llamadas de los operadores, de los voluntarios que van a visitarlos, de los técnicos de mantenimiento e instalación, e incluso de los propios familiares, en la necesidad de que se pongan y usen el colgante, que no lo dejen en un cajón, que pulsen la alarma ante cualquier problema, sea grave o sin importancia, y que no esperen a ver o llamar a los hijos o al médico.

Para que el servicio funcione es necesario que se traduzcan de una determinada manera a la familia, a la persona concreta o “el usuario” y al servicio o, de forma más concreta, el terminal. Cuando decimos que en este proceso de traducción hay desinterés recíproco lo que tenemos es una situación en la que una persona mayor deja el colgante en un cajón y cuando necesita ayuda llama a un médico o a sus familiares. Sin embargo, pensemos que incluso para que se dé esto al menos debe haber entrado el terminal en la casa, lo cual también conlleva un proceso de negociación entre los familiares (o los técnicos de servicios sociales) y las personas destinadas a ser usuarias del servicio así como entre el técnico y los elementos que componen la casa, como puede observarse en el caso de la señora A.

El caso que les presentamos al inicio del aparatado nos hace pensar que otras instalaciones “más sencillas” seguramente remiten a toda una serie de traducciones previas que han sido cerradas y que nos aparecen como algo ya resuelto. Es un proceso en el que no sólo son relevantes el instalador y el futuro usuario en el momento de la instalación, sino que tienen un papel muy especial los familiares y la propia materialidad de la casa donde se va a hacer la instalación. Los familiares, como el caso de la señora A, muchas veces quieren poder seguir trabajando o viviendo en un lugar diferente del de sus padres, pero pudiendo “tenerlos controlados”, tal y como ofrecen este tipo de servicios (por tanto, traduciendo el coste de esfuerzo de estar pendiente de los padres en todo momento a un terminal de teleasistencia, por medio del pago del servicio, que ellos piensan les podría dotar de una ayuda quizá más eficaz en el caso de una emergencia). Como puede inferirse quizá el hecho de rechazar el agujero en la pared no remita únicamente a que la señora A no quiere que le ensucien o le cambien la casa con el hecho de taladrar y colocar un cable, cosa que indudablemente puede constituir un motivo de molestia. Sin embargo, en el caso que les mostramos, el servicio de teleasistencia debe “traducir” también la casa de la señora y abrir el agujero en la pared para poder hacer que el servicio funcione, pero en ese punto necesario de traducción la señora para el proceso.

Con mucha probabilidad lo que seguramente esté ocurriendo, como se puede observar a través de la llamada de la técnico de zona, es que la hija quiere que se lo instalen (y muy probablemente es la que ha contactado con la entidad proveedora y haya hablado con la trabajadora social o técnico de zona previamente para ello), pero no ha podido convencer del todo a su madre. El padre no parece ocupar un lugar demasiado relevante en estas negociaciones entre madre e hija más allá de la firma en el contrato (aunque quizá podríamos hipotetizar, a partir de su estado apático, que el más necesitado sería él). Muy seguramente esta negociación o discusión entre la hija y la madre tenga que ver con concepciones de la vida muy diferentes o, quizá, con representaciones dispares sobre los roles de cuidado. Quizá la instalación de la teleasistencia suponga una crisis para lo que se ha entendido durante muchos años que eran las funciones de los hijos con los padres una vez estos son mayores (“me cuidarás cuando sea mayor como yo cuidé de ti”), pero no

podríamos conocer esta cuestión concreta sin hacer una entrevista a todos los protagonistas de esta historia.

Todo este proceso de intentar hacer pasar el cuidado por el servicio de teleasistencia es previo a contactar con el servicio del proveedor y, por supuesto, una vez solicitado previo al propio proceso de instalación. El marco legal concreto en el que se da el servicio de teleasistencia (IMSERSO, 1999) hace que los proveedores del servicio no puedan imponérselo (aunque hagan uso de diferentes artimañas, como confiesa el técnico) y, por tanto, tienen que contar con el consentimiento expreso de “la persona” que será la usuaria final del servicio, en nuestro caso la señora A, que no parece estar demasiado interesada en dejarse traducir a esos términos. Al no poder contar con ese consentimiento para hacer el taladro y colocar el aparato, la tranquilidad de que su madre pueda estar controlada con la teleasistencia “se desrealiza” para la hija y el servicio debe esperar a que se aclare el asunto para poder ir al hogar a realizar la instalación, que seguiría requiriendo taladrar y tender el cable para, al menos, poner el aparato en funcionamiento.

Como ya les adelantábamos la noción de traducción no puede ser reducible a negociaciones entre personas, sino a todo un intrincado entramado de negociaciones entre diferentes materialidades (vivientes y no-vivientes), que suponen los diferentes aspectos y elementos del *setting* (Akrich y Latour, 1992; Latour, 1992) concreto que tratemos. Para que el servicio funcione “de forma silenciosa” es imprescindible que haya línea telefónica y luz eléctrica continuamente, paredes aptas para taladrar y colocar el terminal, paredes con un grosor o composición material que permita que la señal del colgante llegue al terminal desde los diferentes puntos de la casa, que se haya colocado en un lugar que favorezca la audición desde diferentes puntos de la casa, que funcione la base de datos de la institución así como todo su entramado organizacional, por no hablar de otras circunstancias más específicas según cada caso.

(b) Podemos pensar en un segundo momento, una vez cerrada la instalación, que sería el surgimiento del *interés recíproco*, es decir, cuando la persona mayor empieza a ver en el equipo una manera rápida de pedir ayuda y, a su vez, el servicio vislumbra la posibilidad de poder decidir de manera rápida y precisa qué medidas se deben tomar ante una necesidad inminente por parte del usuario. Todo ello contando con que el terminal y el servicio funcionen en todo momento de forma correcta.

(c) el tercer momento de esta negociación de los intereses mutuos sería la *composición de una nueva meta*, que se logra cuando el usuario ve en el artefacto la garantía de una ayuda rápida ante cualquier eventualidad. Es decir, el usuario comienza a “ser traducido” a los términos de uso del terminal que el servicio quiere;

(d) el cuarto, cuando el artefacto se convierte en el *punto de paso obligado* para cualquier asistencia, es decir, cuando los usuarios ante un problema dejan de utilizar el teléfono para avisar a médicos y familiares, además del servicio, y pasan a utilizar simplemente el botón de alarma del equipo de teleasistencia para que sean los operadores los que se encarguen de darles conversación, avisar a los médicos, familiares, etcétera.

(e) Y, por último están el *alineamiento* y la *cajanegrización*, que suponen la invisibilización de la mediación técnica entre usuario y equipo hasta convertirlos en una unidad indisoluble, es decir, cuando no se puede entender el usuario sin el aparato y el aparato sin el usuario. En este punto, el servicio de teleasistencia no sólo está integrado en la rutina vital del usuario, sino que gracias a ello se ha convertido en el centro de coordinación de todos los recursos asistenciales, ya que es lugar por donde entran las demandas y por donde se seleccionan los dispositivos que deben ponerse en marcha. Pero una caja negra (algo que funciona siempre de



una misma manera sin mostrar por qué) puede estar compuesta de otras múltiples cajas negras, como seguramente hayan podido observar. Si nos centramos en el caso del intento de instalación en la casa de la señora A, para que alguien pueda ser traducido a los términos de uso ideales del servicio que les comentábamos (*composición de una nueva meta*), es necesario hacer pasar la necesidad del cuidado por la instalación de un aparato (*interés recíproco*), taladrando y abriendo un hueco en la pared para tirar un cable eléctrico desde la cocina hasta el recibidor y así poder poner a funcionar el terminal (*punto de paso obligado*).

En ese sentido, este proceso que nosotros hemos descrito aquí de manera lineal (que remite a la cajanegrización de todo un ensamblaje socio-material en cooperación) es reversible (pueden “abrirse las cajas negras”). Por otro lado, más allá de esta idealización, que asume un posible punto de vista de la institución que provee del servicio de teleasistencia, existen numerosas lógicas superpuestas “en combate”, diferentes formas de intentar traducir (e intentar cajanegrizar), otros múltiples “intereses”, como también puede verse a partir del ejemplo anteriormente mostrado.

¿Corporeizar la traducción o traducir lo corpóreo?

Volviendo unos pasos atrás, quizá algunos de ustedes puedan pensar que la noción de “traducción” aquí expuesta parece dejarse de lado algunos aspectos de las condiciones de posibilidad de la agencia, como las “virtualidades” necesarias para que los actores se constituyan como tales (Høstaker, 2005). Esta preocupación se ha hecho especialmente aguda en lo que remite a las condiciones de posibilidad de la agencia humana y animal, como la corporeidad⁴. Efectivamente la materialidad humana y su “corporeidad” son importantes para considerar cómo se dan de forma concreta los procesos de traducción, la composición y conducción de las fuerzas en un entorno como el de los servicios de teleasistencia... Podemos pensar que la “corporeidad” humana (sus sistemas prácticos de memoria somática y extra-somática, como los signos o las herramientas) nos permite dotarnos de una cierta continuidad en la acción, que algunos denominan “sujeto” o “identidad”. Es decir, podríamos plantear la pertinencia de “corporeizar la traducción”.

Sin embargo, a pesar del indudable interés teórico-metodológico de este planteamiento, es necesario clarificar una cuestión: la noción de traducción emerge en un contexto muy particular, como un intento de ofrecer soluciones conceptuales a una serie de debates que vienen teniendo lugar en las ciencias sociales en los últimos treinta años (Sánchez-Criado y López, en prensa) y que remitirían a pensar en cómo se ha “traducido lo corpóreo”. La teleasistencia, por ejemplo, intenta traducir el cuidado a través de un terminal y un colgante que vincularía un entorno familiar, unas determinadas características de las personas mayores y un domicilio con una central de alarmas, así como todo un conjunto de usos. Volviendo al caso, intentaría traducir la corporeidad de la señora A y su marido y ponerla en relación con toda una ecología en la que pudieran ser “más autónomos” (queriendo decir esta definición, por ejemplo, “vivir en el domicilio propio estando controlados y protegidos, pudiendo pulsar un botón de alarma para pedir ayuda sin tener que necesitar a la familia, en el caso de que exista”).

A partir de este ejemplo, podemos ver cómo y por qué la subjetividad (tematizada por parte de muchos como “individualidad”) se ha dejado de entender como algo sustantivo, ya sea en términos simbólicos (como sistema de pensamiento compartido) o naturales (como continuidad psicobiológica). Se trata más bien de una entidad tejida de forma práctica, encarnada, corporeizada, en relación con otras materias más allá del organismo. Si retomamos

los debates desarrollados en la antropología del *self* (Pazos, 2008), ha existido desde principios del siglo XX una fuerte controversia en torno a la atribución a “Occidente” del monopolio del individualismo frente al resto de culturas, que han sido tratadas de colectivistas. Este ejercicio ha sido criticado ampliamente en obras de los últimos veinte años, dado que se plantea la escasa pertinencia de atribuir apriorísticamente individualismo o colectivismo a grupos sociales en su totalidad.

La atribución de “individualidad” a los occidentales se considera una falacia en la misma medida que lo es la atribución simétrica de colectivismo o “dividualidad” a los otros. Según autoras como Marilyn Strathern, la tarea del científico social consistiría en observar en cada formación social (por ejemplo, el cuidado a través de la teleasistencia) las maneras en las que se ejecuta (de forma práctica y material) la “individualidad” o la “dividualidad”. Individualidad y dividualidad no serían formas rígidas y permanentes (por ejemplo, no necesariamente debería entenderse la individuación a partir de la idea del cuerpo, como ocurre en la tradición cristiana), sino formas que se dan de alguna manera particular en toda formación social (en función del contexto, los sistemas de prácticas y las creencias), estados concretos de un complejo entramado relacional (Strathern, 2004).

A partir de esto, y volviendo al ejemplo de la señora A, podríamos contestar que la corporeidad del organismo dota de una cierta continuidad necesaria para que la señora A pueda hablar con su hija en el mismo idioma, acordarse de ella, ejecutar las posibles prácticas necesarias para utilizar el aparato o el colgante de teleasistencia. Pero en ningún caso remite a una entidad holística armónicamente integrada, ni que acabe necesariamente en las categorías culturales de persona que acostumbramos a manejar. Hay innumerables casos de personas mayores que no pueden utilizar la teleasistencia porque se han quedado sordas y el aparato necesita de una comunicación de audio para saber qué le pasa a la persona que puede haber pulsado la alarma.

En ese sentido, asumir la “recursividad” o la “reflexividad” de una entidad exige que la entidad de partida sea la misma que la de llegada (que no haya, por tanto, discontinuidad en la transformación), cosa que no ocurre siempre. Esto supone que se haya estabilizado esa entidad, que se le haya dotado de permanencia de múltiples maneras a través del desarrollo de dispositivos semiótico-materiales. Pero también se pueden producir disrupciones, modificaciones, transformaciones, etcétera, como podemos observar con el ejemplo de la sordera, que desrealiza en buena medida el entramado heterogéneo a partir del cual podría emerger una persona más autónoma en la definición que articula el servicio. Es decir, aunque “la vida” pueda ser importante como origen primigenio de la acción, esta se ve modificada por los entornos con los que se relaciona y, por tanto, la agencia sólo es atribuible a una ecología heterogénea que rebasa al propio viviente, pre-individual y trans-individualmente. Pero las relaciones de traducción, la configuración de esa ecología en la que se distribuye la acción de una determinada manera, no implican necesariamente la producción de una red en la que todo queda igualmente distribuido (véase López, 2008).

Además, no debemos olvidar que la relación es siempre o puede volverse en cualquier momento friccional en cada punto de traducción: se puede caer el colgante, puede provocar llagas y hacer que se deje de llevar, puede resultar extraño y contraintuitivo tener que quitárselo para salir de casa porque no funciona más allá de un radio de 50 metros y tener que llevarlo en la ducha o el baño (que uno suele realizar desnudo), puede no quererse porque



te lo imponen tus hijos, puede irse la luz o la línea telefónica y dejar de funcionar adecuadamente, y así sucesivamente.

Esta *fricciónalidad* relacional tiene que ver con la existencia de diferentes ensamblajes-soportes que enmarcan, dotan de permanencia y estabilidad-cierre, que pueden autonomizarse o desligarse unos de otros (colgantes pendiendo de crucifijos en el borde de la cama o en el interior de un cajón, terminales antiguos de teleasistencia que funcionan como único teléfono de la casa aun cuando ya nadie lo use como terminal de alarma) fuera de los cursos de actividad en los que son capturados (traducidos) momentáneamente y a partir de los cuales se producen relacionalmente efectos de permanencia, duración o continuidad así como de transitoriedad, instantaneidad o discontinuidad³.

A modo de conclusión: la interdependencia como ecología de la acción

Entendemos que la principal aportación teórico-metodológica del concepto de traducción reside en pensar la interdependencia como algo “no sólo humano” que remite a toda una ecología de acción materialmente heterogénea que se (des)estabiliza relacionalmente y, en ese proceso, produce (in)capacitaciones e (in)habilitaciones. Pensar que la interdependencia es “sólo humana” no permite explicar ninguna situación en el seno de un entorno de cuidado (Mol, 2008), ni “contemporáneo” ni “más antiguo” (y supuestamente menos tecnologizado).

No podría entenderse el cuidado (sanitario y no sanitario) sin la existencia de una gran cantidad de instrumental y de técnicas, entendidas como modos de hacer (Sánchez-Criado, 2008). Y no debemos dejar de pensar que cualquier técnica o tecnología introduce dinámicas que le son propias y que no suponen una “mera traslación” de los intereses del diseño (por ejemplo, la teleasistencia integra dimensiones de las diferentes tradiciones del envejecimiento activo o positivo, pero les otorga una nueva dirección, supone un nuevo vector, que tiene que ver con su propio diseño y su implementación, con el tejido práctico que concita).

La interdependencia, en tanto sistema de prácticas, articula una ecología materialmente heterogénea que posibilita o restringe cursos de acción dadas unas determinadas constricciones fisiológicas y ambientales (lo que es similar a lo planteado por Costall, 1995). Este tipo de reflexiones han hecho que, en disciplinas como los *disability studies*, se entiendan la capacidad y la incapacidad como productos relacionales de ecologías de prácticas: una persona ciega no “es” lo mismo (no puede ser funcionalmente determinada para cualquier entorno como “con o sin discapacidad”) con bastón que sin él, o en un entorno con semáforos con o sin señalización sonora, en un entramado social con o sin nociones sobre el cuidado del prójimo y el humanitarismo, con subvenciones económicas o sin ellas, en un entorno oscuro o en un entorno donde predomina la luz... (Moser, 2006; Schillmeier, 2007).

Resumiendo las implicaciones de lo hasta ahora comentado, sería necesario tratar la producción de agencia y de subjetividad en términos relacionales y *enactivos*. Dicho de forma más sencilla: la agencia y la subjetividad no deberían asumirse y menos aún su emplazamiento en el organismo como unidad de individuación, por lo que sería mejor observar los ensamblajes semiótico-materiales que permiten la agencia y los modos de subjetivación concretos empíricamente producidos. Tomando en consideración estos posicionamientos el problema que se plantea al analista es cómo dar cuenta de estas ecologías heterogéneas del cuidado y sus intrincadas tramas. A nuestro juicio, el concepto de traducción puede ser muy útil para ese ejercicio.



Notas

¹ Mientras que los primeros dispositivos consistían en sistemas de alarma social o telealarma (un llamador, un pulsador o un tirador para avisar, por ejemplo, de una caída en el baño) pensados para entornos residenciales o comunitarios, actualmente existen diferentes dispositivos. El más común es un terminal telefónico especial, situado en el hogar del usuario, que conecta con una central de llamadas y que se activa de forma remota mediante un botón de alarma inserto en un colgante o en una pulsera que el usuario lleva consigo en el domicilio. Una vez pulsado el botón de alarma el servicio de alarma vincula y moviliza diferentes recursos de cuidado y atención, desde los familiares o cuidadores hasta ambulancias o el médico de cabecera. En la actualidad existen otros diseños extremadamente sofisticados, ya sea para el hogar (sensores pasivos: caída, presión, movimiento, apertura/cierre, etcétera; o sistemas de predicción automatizada de posibles riesgos) o para la calle (localizadores GPS o sistemas de alarma basados en las tecnologías de telefonía móvil).

² A pesar del posible belicismo de estos planteamientos (el propio Latour traza una analogía de la metodología de la teoría del actor-red con *Guerra y paz* de Tolstoi) lo que se busca es conocer “la fuerza de la razón” y su emergencia entre otras fuerzas (véase Latour, 2001b). Esto no la convierte en una no-fuerza, sino en una fuerza de un tipo particular. En ese sentido algunos podrían vincular estas ideas con tradiciones orientales que no hacen la distinción entre razón y poder (como en el *Arte de la guerra* de Sun Tzú), aunque no deben olvidarse tampoco otras tradiciones más cercanas (en la estela de Nietzsche o Spinoza), críticas con el racionalismo moral (y su postura de separar entre fuerza/poder y razón), que argumentan la necesidad democrática de abordar lo político como *agon* y *polemos* (Mouffe, 2007). En ese sentido, los planteamientos de la teoría del actor-red podrían ser leídos como una extensión a las relaciones entre diferentes materialidades de los planteamientos dialógicos y relacionales de Bajtín, tal y como son desarrollados por Julia Kristeva o Michel de Certeau como “práctica significativa” (de Certeau, Giard y Mayol, 1994). Es decir, un tratamiento semiótico-material en el que lo retórico no sólo remite a un proceso lingüístico (por mucho que contenga una dimensión pragmática), sino también operatorio y material.

³ Latour denomina “mediador (*actante*)” a toda entidad que empíricamente modifica el curso de acción a su paso por ella. Análogamente, podría llamarse “intermediario (*pasante*)” a aquella que no modifica la acción a su paso (Latour, 2008).

⁴ Es bastante frecuente que determinadas lecturas de la teoría del actor-red den lugar a virulentas reacciones en diversos ámbitos (Bloor, 1999; Loredo, 2009), puesto que pareciera cancelar las condiciones biológicas y simbólicas de la subjetividad humana e igualar su agencia con la de los no-humanos (intrincado término que Latour retoma de los estudios sobre ecologías y cosmologías humanas en la antropología social en las que lo no-humano juega muy diferentes roles, para proponer una salida del dualismo que opone sujeto y objeto). Entendemos que en esto hay un error de lectura, dado que no hay un intento por “autonomizar” narrativamente a los no-humanos como si fuera una nueva corriente animista, sino más bien por describir la relationalidad operatoria de la agencia en el seno de ecologías materialmente heterogéneas. Un ser vivo puede emerger en el seno de una trama tanto en acción como en pasión, en función de cómo afecte a o se deje afectar por el resto de entidades en relación. En cualquier caso, un actante puede ser “un pelo”, “una llave” o una entidad sin nombre que aparezca en el seno de un curso de acción cumpliendo una función, como ocurre en numerosos experimentos de laboratorio donde emergen entidades aún no conocidas (no hay, por tanto, un nominalismo intrínseco a la idea del actante). Asimismo, no hay una igualación de la agencia entre diferentes materias (aunque haya una reticencia a considerar al ser humano como el epítome de la evolución o como el ser vivo más perfecto), sino de las condiciones de su estudio. En ningún momento se deja de observar lo que los actores “traen a la situación” y, por tanto, cuáles son sus diferencias constitutivas. Estos planteamientos se encuentran bastante cercanos a los desarrollos de la filosofía de Gilles Deleuze (Callén, Domènech, López y Tirado, 2005) y, nos parece, se sitúan en una relación de aire de familia muy fructífera con las tesis sobre los “sistemas en desarrollo” en ámbitos psicobiológicos.

⁵ Es por ello que el psicólogo social de la ciencia y la tecnología Mike Michael intenta traducir esta doble vertiente a través de la idea, completamente intraducible al castellano, de *co(a)gency* (Michael, 2000): los ensamblajes pueden emerger como *coagencias* (agencias compartidas, distribuidas; entidades en cooperación) así como pueden ser descritos a veces como *cogencias* (contumacias, resistencias). La noción mantiene este intrincado nombre con el fin de mostrar la ambivalencia y la tensión constitutivas de todo actor-red: es tanto singular (actor) como plural (red), tanto contenido (en el sentido de sujetado, emplazado, limitado, obstinado) como distribuido (fragmentado, discontinuo, disperso).

Referencias

- AKRICH, M. & LATOUR, B. (1992). A summary of convenient vocabulary for the semiotics of human and nonhuman assemblies. En W. E. Bijker & J. Law (Eds.), *Shaping Technology/Building Society. Studies in Sociotechnical Change* (pp. 259-264). Cambridge, MA: MIT Press.
- ANDREWS, G. J. & PHILLIPS, D. R. (Eds.) (2005). *Ageing and Place. Perspectives, policy, practice*. Londres: Routledge.
- BLOOR, D. (1999). Anti-Latour. *Studies in History and Philosophy of Science*, 30 (1), 81-112.
- BOURDIEU, P. (1991). Estructuras, habitus, prácticas. En *El Sentido Práctico* (pp. 91-135). Madrid: Taurus.
- BROWNSSELL, S., BRADLEY, D., PORTEUS, J. & HAWLEY, M. (2003). *Assistive technology and telecare. Forging solutions for independent living*. Bristol: Policy Press.
- CALLON, M. & LAW, J. (1995). Agency and the Hybrid Collectif. *The South Atlantic Quarterly*, 94 (2), 481-507.
- CALLÉN, B., DOMÈNECH, M., LÓPEZ, D. & TIRADO, F. J. (2005). Actitudes, discurso, agenciamiento y disposiciones semiótico-materiales. En J. Romay Martínez & R. García Mira (Eds.), *Psicología social y problemas sociales. Vol. 1: Epistemología, procesos grupales y procesos psicosociales básicos* (pp. 143-153). Madrid: Biblioteca Nueva.
- COSTALL, A. (1995). Socializing Affordances. *Theory and Psychology*, 5 (4), 467-481.
- DE CERTEAU, M. (1990). *L'invention du quotidien: 1. Arts de Faire*. París: Gallimard.
- DE CERTEAU, M., GIARD, L. & MAYOL, P. (1994). *L'invention du quotidien: 2. habiter, cuisiner*. París: Gallimard.
- FEATHERSTONE, M. & HEPWORTH, M. (1991). The Mask of Ageing and the Postmodern Life Course. En M. Featherstone, M. Hepworth & B. S. Turner (Eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory* (pp. 371-389). Londres: Sage.
- FEATHERSTONE, M. & HEPWORTH, M. (1995). Images of Positive Aging. A case study of *Retirement Choice* magazine. En M. Featherstone & A. Wernick (Eds.), *Images of Aging. Cultural Representations of Later Life* (pp. 29-47). Londres: Routledge.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R. (2009). *Envejecimiento activo. Contribuciones de la Psicología*. Madrid: Pirámide.



- FINE, M. & GLENDINNING, C. (2005). Dependence, independence, inter-dependence? Revisiting the concepts of 'care' and 'dependency'. *Ageing & Society*, 25, 601-621.
- FISK, M. F. (2003). *Social Alarms to Telecare. Older people's services in transition*. Bristol: Policy Press.
- GERGEN, K. J. & GERGEN, M. M. (2000). The New Aging: Self Construction and Social Values. En K. W. Schaie & J. Hendricks (Eds.), *The Evolution of the Aging Self. The Societal Impact on the Aging Process* (pp. 281-306). Nueva York: Springer.
- HOCKEY, J. & JAMES, A. (1993). *Growing Up and Growing Old. Ageing and Dependency in the Life Course*. Londres: Sage.
- HOSTAKER, R. (2005). Latour - Semiotics and Science Studies. *Science Studies*, 18 (2), 5-25.
- IMSERSO. (1999). *Normas generales del servicio de Teleasistencia Domiciliaria. Programa de Teleasistencia Domiciliaria IMSERSO-FEMP*. Madrid: IMSERSO.
- IMSERSO. (2008). Cuadernos: El modelo residencial a debate. *Revista Sesenta y más*, XIV (9), 31-39.
- INGOLD, T. (2008). Tres en uno: cómo disolver las distinciones entre cuerpo, mente y cultura. En T. Sánchez-Criado (Ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (Vol. 2, pp. 1-34). Madrid: AIBR.
- KATZ, S. (1996). *Disciplining Old Age. The Formation of Gerontological Knowledge*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- KATZ, S. (2005). *Cultural Aging. Life Course, Lifestyle, and Senior Worlds*. Peterborough: Broadview.
- LATOUR, B. (1992). Where are the Missing Masses? The Sociology of a Few Mundane Artifacts. En W. E. Bijker & J. Law (Eds.), *Shaping Technology/Building Society. Studies in Sociotechnical Change* (pp. 225-259). Cambridge, MA: MIT Press.
- LATOUR, B. (2001a). *La esperanza de Pandora. La realidad de los Estudios de la Ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- LATOUR, B. (2001b). *Pasteur: guerre et paix des microbes suivi de Irréductions* (2e édition). París: La Découverte/Poche.
- LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- LÓPEZ, D. (2008). Aproximación a la topología de la Teoría del Actor-Red. Análisis de las espacialidades de un servicio de Teleasistencia Domiciliaria. En T. Sánchez-Criado (Ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (Vol. 1, pp. 113-137). Madrid: AIBR.
- LOREDO, J. C. (2009). ¿Sujetos o "actantes"? El constructivismo de Latour y la Psicología Constructivista. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 4 (1), 113-136.
- MICHAEL, M. (2000). *Reconnecting culture, technology and nature: From Society to Heterogeneity*. Londres: Routledge.
- MINKLER, M. & ESTES, C. L. (Eds.) (1999). *Critical Gerontology. Perspectives from Political and Moral Economy*. Amityville, NY: Baywood.
- MOL, A. (2008). *The Logic of Care: Health and the Problem of Patient Choice*. Londres: Routledge.
- MORT, M., MILLIGAN, C., ROBERTS, C. & MOSER, I. (Eds.) (2008). *Ageing, Technology and Home Care*. París: Presses de l'École des Mines de Paris.
- MOSER, I. (2006). Disability and the promises of technology: Technology, subjectivity and embodiment within an order of the normal. *Information, Communication and Society*, 9 (3), 373-395.
- MOUFFE, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- NEUGARTEN, B. L. (1999). *Los Significados de la Edad*. Barcelona: Herder.
- PAZOS, Á. (2008). El otro como sí-mismo. Observaciones antropológicas sobre las tecnologías de la subjetividad. En T. Sánchez-Criado (Ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (Vol. 2, pp. 145-166). Madrid: AIBR.
- REINDAL, S. M. (1999). Independence, Dependence, Interdependence: some reflections on the subject and personal autonomy. *Disability & Society*, 14 (3), 353-367.
- ROSE, N. (1999). *Powers of Freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ-CRIADO, T. (2008). Introducción: En torno a la génesis técnica de las ecologías humanas. En T. Sánchez-Criado (Ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (Vol. 1, pp. 1-40). Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red.
- SÁNCHEZ-CRIADO, T. & LÓPEZ, D. (en prensa). Cuando el sujeto y el objeto ya no son lo que eran. Ontologías relacionales de la agencia. En J. C. Loredo, T. Sánchez-Criado & D. López (Eds.), *¿Dónde reside la acción? Agencia, Constructivismo y Psicología*. Madrid: UNED.
- SCHAIK, K. W., WAHL, H.-W., MOLLENKOPF, H. & OSWALD, F. (Eds.) (2003). *Aging Independently. Living Arrangements and Mobility*. Nueva York: Springer.
- SCHILLMEIER, M. (2007). Dis/abling practices: Rethinking Disability. *Human Affairs*, 17, 195-208.
- STRATHERN, M. (2004). *Partial Connections (Updated Edition)*. Nueva York: Altamira Press.
- SYBYLLA, R. (2001). Hearing whose voice? The ethics of care and the practices of liberty: a critique. *Economy & Society*, 30 (1), 66-84.
- TIRADO, F. J. & DOMÈNECH, M. (2008). Asociaciones heterogéneas y actantes: El giro postsocial de la teoría del actor-red. En T. Sánchez-Criado (Ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas* (Vol. 1, pp. 41-78). Madrid: AIBR.
- VEGA, C. (2006). *Subjetividades en tránsito en los Servicios de Atención y Cuidado. Aproximaciones desde el feminismo. Informe Final*. Barcelona: Diputació de Barcelona.
- VERKERK, M. A. (2006). The care perspective and autonomy. *Medicine, Health Care and Philosophy*, 4, 289-294.

